

## VIII.—LA CAPILLA DE LOS GUARDIAS

**R**OULETABILLE dió un largo paseo, que le condujo al puente Troitsky; después, bajando el Naberjnaia, llegó al Palacio de invierno. Parecía haber desechado toda preocupación, y le inspiraban gozo infantil los diversos aspectos de la vida en la ciudad del gran Pedro.

Detúvose ante el Palacio de invierno, atravesó lentamente la plaza, donde se erguía en su zócalo de bronce el prodigioso monolito de la columna Alejandrina; pasó por entre palacios y columnatas, y luego bajo un inmenso arco. Todo aquello le parecía ciclópeo. Nunca se había sentido tan pequeño, tan anonadado; y, sin embargo, era feliz en su pequeñez, y estaba satisfecho de sí mismo en presencia de aquellos colosos. Todo le complacía aquella mañana: la rapidez de los *isvos*, el agresivo humor de los *isvochks*, la elegancia de las mujeres, la apostura de los oficiales y su natural desenvoltura bajo el uniforme, tan diferente de la rigidez amanerada de los oficiales de Berlín, que había notado en los "Tilos" y en Frederikstrasse. Todo le entusiasmaba. El mismo traje de los mujiks, con sus blusas deslumbrantes, sus camisas rosadas por fuera de los pantalones, sus anchos gregüescos y sus botas de montar; hasta los desgraciados que, a despecho de la suavidad de la temperatura, aún iban forrados en pieles de carnero, todo

le impresionaba favorablemente, todo le parecía original y simpático.

El orden reinaba en la ciudad: los guardias eran corteses y elegantes, y tenían soberbio aspecto. Los transeuntes de aquel barrio hablaban unos con otros alegremente, muchos de ellos en francés, y tenían los modales más exquisitos. ¿Dónde estaba el *Oso del Norte*? Nunca había visto osos tan perfilados. ¿Cómo tenía tal aspecto una ciudad que días antes se hallaba en plena revolución? ¿Era aquél el parque Alexandre, donde hacía pocas semanas la tropa había disparado sobre los niños refugiados en los árboles como si fueran gorriones? ¿Era en aquel empedrado tan limpio donde los cosacos habían amontonado tantos cadáveres? ¿Era allá, en la perspectiva Newsky que divisaba a lo lejos, donde poco antes las balas llovían como granizo sobre un pueblo endomingado y gozoso? ¡*Nichevó!* ¡*Nichevó!* Ya todo se había olvidado; olvidado el ayer como el mañana. ¿Nihilistas? ¡Poetas que imaginan que una bomba puede hacer más ruido que el de un petardo en esta Babilonia del Norte! ¡Mirad esa gente que pasa! ¡No piensa en el atentado de la víspera, ni tampoco en el que se prepara en las sombras de los *trackirs!* ¡Felices habitantes del barrio luminoso, que en plena serenidad corren a sus negocios o a sus placeres, envueltos por el aire más puro, más ligero y trasparente de la Tierra! No se conoce la felicidad de vivir no habiendo respirado aquel ambiente, el más bello del Norte del mundo, que despierta hambre, y sed de límpido aguardiente y de rubio *pivó*, que caldea la sangre, y hace del hombre un animal vigoroso, alegre y fatalista, que tanto se mofa de los revolucionarios como de los diez mil ojos de la policía fijos en el pórtico de las casas y en el cráneo de los *dvornicks*. ¡Ah! Se hace burla de todo en una atmósfera

semejante, con tal que haya algunos rublos en el bolsillo, muchos rublos, y que no esté uno embrutecido, claro está, por la lectura de esos libros extraordinarios que predicán a los pobres estudiantes la dicha de la Humanidad. ¡Ah; todo eso es semilla de nihilistas, pobres jóvenes e infelices doncellas cuya cabeza trastornan lecturas *que no pueden digerir!* Porque todo consiste en la digestión; la digestión en todo es necesaria. Los comisionistas de champagne que hablan con aire de importancia en el hotel de la Gran Morskaja, y que han estudiado el pueblo ruso hasta el fondo de las más remotas aldeas donde se puede beber champagne, os le repetirán en la mesa de los *zakouskis*, explicándoos el problema de la revolución entre dos vasitos de *votka* deglutidos limpiamente, con rapidez, alzando el codo y de un solo trago, a la rusa. Asunto de digestión, os digo. ¿Quién es el loco que se atrevería a comparar a un joven que ha digerido bien una botella de champagne, o dos, con otro joven que ha digerido mal las lucubraciones de los economistas? ¿Los economistas? ¡Los economistas! ¡Necios que pugnan por ver quién dice más tonterías! Los que las leen y no las comprenden, se arman con una bomba. ¡A vuestra salud! ¡*Nichevó!* Como dijo el otro, la Tierra da vueltas. ¿No es así?

Después de haber tomado un cuarto en el hotel, ¡oh joven Rouletabille!, pasas a través de mil discusiones políticas, económicas, revolucionarias y otras en la sala de los *zakouskis*. Y ahora, listo a casa de Kuprian, si no quieres llegar a la hora del almuerzo; porque en tal caso, tendrás que dejar para la tarde los negocios graves.

Departamento de la policía. Inmenso edificio, bien provisto de honorables y robustos guardias, grandes corredores, vestíbulos, salas de puertas crujientes, multitud de *schwitzars* obsequiosos, e infinidad de desdichados senta-

dos junto a la pared en bancos grasientos; oficinas y oficinistas, botas y espuelas sonoras de jóvenes oficiales radiantes de alegría, que se cuentan con estrépito historias del Aquarium...

—¡ Señor Rouletabille! ¡ Ah, perfectamente! ¡ Qué me place! M. Kuprian se pondrá muy contento de volver a veros; pero en este instante hace su visita de inspección. Si; la inspección de los dormitorios de los guardias en el cuartel. Os llevarán allá. ¿ Le traéis alguna idea? No hay que descuidar nada. ¿ No es eso? ¡ Es un gran jefe! ¿ Habéis visto los dormitorios de los guardias? ¡ Son admirables! ¡ Los primeros dormitorios del mundo! Dicho sea sin ofensa para Francia. Nosotros amamos mucho a Francia. ¡ Gran nación! Voy a llevaros inmediatamente a la presencia de M. Kuprian. Se alegrará de veros.

—Yo también—dijo Rouletabille, poniendo un rublo en la mano al honorable funcionario.

—Permitid que os preceda.

Le precede después de varias reverencias y saludos. Por dos rublos, le precederá hasta el fin del mundo.

—¡ Estos funcionarios son encantadores!—va pensando mientras se deja conducir al cuartel Rouletabille, que no cree haber pagado demasiado caros los servicios de un personaje cuyo uniforme tiene galones en todas las costuras.

Suben y bajan escaleras, atraviesan corredores... ¡ Ah, los dormitorios! Rouletabille se descubre: le parece entrar en un convento de monjas. Camas blanquísimas y bien alineadas, con la cabecera a la pared; imágenes santas por todos lados: vírgenes, iconos; una limpieza monacal, y un silencio absoluto.

De pronto se oye una orden en el corredor de al lado, y los guardias, que no se sabe dónde estaban, se dirigen a la cabecera de su lecho respectivo en la actitud exigida

por la ordenanza. Aparición de Kuprian y de su estado mayor. Kuprian lo examina todo muy de cerca, dirige la palabra a todos los hombres, los llama por su nombre, se informa de sus necesidades, y los otros balbucean, no saben qué responder, se ruborizan como niños. Kuprian divisa a Rouletabille, y con un gesto despide a su estado mayor. Ha terminado la inspección, y el jefe lleva al joven a una pequeña pieza al extremo del dormitorio. Rouletabille mira azorado. Se encuentra en una capilla. Es la capilla que completa todos los dormitorios de los guardias. Es toda ella dorada, pintada con maravillosos colores, y ornada con iconos, amuletos y, naturalmente, retratos del Czar y de San Pedro.

—Ya veis—dijo Kuprian, sonriendo por el aturdimiento de Rouletabille—que no los privamos de nada. Les prodigamos los santos a domicilio.

Dicho esto, después de haber cerrado la puerta, se santiguó, ofreció una silla al periodista, y se sentó delante del altarcito, cargado de flores, de papeles pintados y de estampitas.

—Aquí—dijo—podemos hablar sin que nos estorben. Allá abajo hay una multitud de solicitantes que me esperan. Os escucho.

—Caballero—dijo Rouletabille,—vengo a daros cuenta de mi misión, y a descargarla enteramente sobre vos. Sólo a vos corresponde aclarar en definitiva este oscuro negocio deteniendo al culpable, a quien no puedo conocer. Eso os concierne. Solamente os diré que esta noche han querido envenenar al General vertiendo en su narcótico arseniato de sosa—helo aquí en un frasquito,—verosíblemente extraído de unas uvas que el gran Mariscal de la corte llevó de Tsarskoie al general Trebassof, y que, sin saber cómo, han desaparecido.

—¡Ah, ah! ¡Asunto de familia! ¡Asunto de familia!  
¡Ya os lo había dicho!—murmuró Kuprian.

—El asunto es menos *familiar* de lo que creéis, supuesto que el asesino venía de fuera. Al revés de lo que pudierais suponer, no habita en la casa.

—¿Y cómo se ha introducido en ella?—preguntó Kuprian.

—Por la ventana del saloncillo que da al Neva. Con mucha frecuencia ha recorrido ese camino. Y por allí es por donde volverá; estad seguro de ello. Allí es donde le cogereis, si obráis con prudencia.

—¿Cómo sabéis que ha ido por allí muy a menudo?

—Ya sabéis la altura a que está la ventana sobre el sendero. Para subir, se vale de un canalón cuyos anillos de hierro han sufrido muchas flexiones; además, la huella del arpeo que lleva, y con el cual se iza a la ventana, es claramente visible en el hierro del balcón exterior, y esas señales corresponden a diferentes fechas.

—Pero esa ventana está cerrada.

—¡Se abre!

—¿Quién puede abrirla?

—No quiero saberlo.

—¡Ah! ¡Preciso es que sea Natacha! ¡Estaba seguro de que en la quinta de las Islas había una *víbora*! ¡Si os dijera que no se atreve a salir de su nido porque sabe que está vigilada, que tenemos noticia de cada uno de sus pasos! ¡Lo sabe bien! ¡Se lo han dicho! La última vez que se aventuró a salir sola, fué para ir al Viejo Derevnia. ¿Qué iba a hacer en ese barrio podrido? ¡Decídmelo! Y volvió sobre sus pasos sin haber visto a nadie, sin llamar a ninguna parte, porque advirtió que la seguían. No puede *verlos* fuera: luego *los hace* entrar.

—No es más que *uno*, siempre el mismo.

—¿Estáis seguro?

—El examen de las huellas en el muro y en el canalón no deja lugar a dudas sobre ese punto, y es siempre el mismo el arpeo de que se sirve para llegar a la ventana.

—¡La miserable!

—Señor Kuprian, parece preocuparos mucho la señorita Natacha. Yo no he venido para hablaros de ella, sino para mostraros el camino que sigue el que quiere matar.

—¡Ah! ¡Ella es quien le abre ese camino!

—No lo discuto.

—¡La miserable! ¿Por qué introduce en su casa durante la noche?... ¿Creéis acaso en una historia amorosa?

—*Estoy seguro de lo contrario.*

—Y yo también. Natacha es incapaz de sentir amor. Natacha no tiene corazón. Sólo tiene cerebro, y a un cerebro tocado de nihilismo no le hace falta mucho tiempo para no retroceder ante nada.

Kuprian reflexionó un instante, mientras Rouletabille le miraba en silencio.

—¿Se trata sólo del nihilismo?—añadió el jefe de policía.—Todo lo que me decís me confirma cada vez más en mi idea. ¡Drama de familia; puro drama de familia! ¿Sabéis que a la muerte del General Natacha será inmensamente rica?

—Lo sé—respondió Rouletabille con voz que sonó de un modo singular en el oído del jefe de policía, y que le hizo levantar la cabeza. Pero Rouletabille se volvió.

—¿Qué tenéis?

—¿Yo? ¡Nada!—replicó el repórter, esta vez con tono más firme.—Sin embargo, debo deciros que estoy seguro de que se trata del nihilismo.

—¿Por qué lo creéis así?

—Por esto.

Y Rouletabille mostró a Kuprian el mensaje que había recibido aquella misma mañana.

—¡Oh!—dijo Kuprian.—¿Estáis vigilado? ¡Tened cuidado!

—No tengo cosa alguna que temer. Ya no intervendré en nada. Sí; tenemos que habérmolas con un revolucionario, *pero a su manera*. Su modo de obrar no es el de uno de esos jóvenes a quienes el Comité central arma con una bomba, y que se sacrifica de antemano.

—¿Hasta dónde llegan las huellas que habéis descubierto?

—Hasta la quinta de Kristowsky.

Kuprian dió un brinco.

—¿Que está habitada por Boris? ¡Pardiez! ¡Vamos por buen camino! ¡Ahora lo comprendo todo! Boris es también un cerebro enfermo. Y está prometido... Si hace el juego de los revolucionarios, el asunto puede reportarle muchas ventajas.

—En esa quinta—dijo tranquilamente Rouletabille—vive también Miguel Korsakof.

—¡Es el soldado más leal y más seguro del Czar!

—Nunca se está seguro de nadie, mi querido señor Kuprian.

—¡Ah! ¡Yo estoy seguro de un hombre como ése!

—Nunca se está seguro de los hombres, mi querido señor Kuprian.

—En todo caso, yo respondería de los hombres a quienes empleo.

—Cometeríais un error.

—¿Qué queréis decir?

—Algo que puede seros útil en el asunto que vais a emprender; porque supongo que intentaréis coger a ese *caballerito* en el nido. No os oculto que para eso será pre-

ciso que vuestros agentes tengan una astucia sin igual. Se necesitará vigilar por la noche la casa de las Islas *sin que se advierta*. ¡Nada de pardesús castaños con falso astracán! ¿Eh? Que hagan como los apaches, que buscan una pista confundiéndose con la tierra, con los árboles, con las piedras del camino. Pero entre esos apaches no enviéis al agente de vuestra *okrana* particular que vigilaba la ventana mientras el *otro* trepaba a ella.

—¿Cómo?

—Sí; esas ascensiones, cuyas pruebas pueden verse a lo largo del muro, y también en el hierro forjado del balcón, se hicieron cuando día y noche vuestros agentes vigilaban la quinta. ¿Habéis notado, caballero, que era *siempre el mismo agente* el que por la noche se apostaba detrás de la quinta, debajo de la ventana? El libro de la generala Trebassof, que contiene un estado exactísimo de las fuerzas de que disponía durante ese período de sitio, es de lo más instructivo en este respecto. Los otros puestos cambiaban de titular; pero cuando formaba parte del grupo de guardia ese agente, siempre solicitaba el mismo punto, que en verdad nadie le disputaba, porque no es nada grato pasar la noche detrás de un muro en campo desierto. Los otros preferían con mucho pasar el tiempo de vela en la quinta o delante de la portería, donde nunca les regateaban el *votka* y el medoc de Crimea, el *kwass* y el *pivó*, el *kirsch* y el *tchí*. Ese agente se llama Touman.

—¿Touman? ¡Imposible! ¡Es uno de los mejores agentes de Kiew! Me lo ha recomendado Gounsovski.

Rouletabille sonrió.

—¡Sí, sí!—exclamó el jefe de policía.—¡Siempre hay quien sonría así cuando se pronuncia ese nombre!

El rostro de Kuprian se había puesto carmesí. Se levantó,

entrebrió la puerta, dió una larga orden en ruso, y volvió a sentarse.

—Ahora—dijo—contadme con todos sus detalles la historia del veneno y de las uvas del Mariscal. Os escucho.

Rouletabille narró muy claramente y *sin hacer ningún comentario* todo lo que ya sabemos. Terminaba su relato cuando fué introducido en la instancia un hombre que vestía un pardesú castaño y con falso astracán. Era el mismo a quien Rouletabille había visto en el salón del general Trebassof, y que hablaba francés. Dos gendarmes permanecían detrás de él. La puerta se había cerrado. Kuprian se volvió al hombre del pardesú.

—Touman—le dijo,—necesito hablarte. Eres un traidor, y tengo la prueba de ello. Confíesalo: te daré mil rublos, y podrás ir a que te ahorquen en otra parte.

Los ojos del hombre chispearon; pero pronto se serenó, y respondió en ruso.

—Habla en francés; te lo mando—ordenó Kuprian.

—Respondo a Vuestra Excelencia—dijo Touman con voz firme—que ignoro lo que Vuestra Excelencia quiere decir.

—Quiero decir que has ayudado a un hombre a penetrar de noche en la quinta de Trebassof mientras estabas de guardia bajo la ventana del saloncillo. Ya ves que no puedes engañarnos. Jugaré contigo a cartas vistas: buen juego, y buen dinero. Dime cómo se llama ese hombre, y te daré mil rublos.

—Estoy dispuesto a jurar sobre los santos iconos...

—¡Nada de falsos juramentos!

—Siempre he servido lealmente...

—¡El nombre de ese hombre!

—Repito que no sé lo que Vuestra Excelencia quiere decir.

—Sí; me has comprendido—repuso Kuprian, que visiblemente contenía la cólera próxima a estallar.—Un hombre se ha introducido en la casa mientras tú estabas de guardia.

—No he visto nada. Después de todo, es posible. ¡Son las noches tan oscuras! Yo me paseaba de un lado a otro...

—No eres imbécil. ¡El nombre de ese hombre!

—Os aseguro, Excelencia...

—¡Desnudadle!

—¿Qué vais a hacer?—gritó Rouletabille.

Pero ya los dos gendarmes se habían precipitado sobre Touman, y le habían quitado el paletó y la camisa. El hombre estaba desnudo hasta la cintura.

—¿Qué vais a hacer? ¿Qué vais a hacer?—repetía el periodista.

—¡Dejadme!—dijo Kuprian, rechazando brutalmente al periodista.

Y cogiendo un látigo que pendía de la cintura de un gendarme, descargó un ruidoso golpe sobre la espalda de Touman, que se ensangrentó. Al sentir el ultraje y el dolor, Touman rugió con furia:

—¡Pues bien, sí; es verdad, y me alabo de ello!

Kuprian sintió una rabia infinita. Acribilló a golpes al desgraciado, después de haber hecho rodar hasta el otro extremo de la pieza a Rouletabille, que había querido intervenir para calmarle. Y mientras imponía aquella terrible corrección, el jefe de policía abrumaba al agente que le había traicionado con una andanada de espantosas injurias, prometiéndole que antes de colgarle le haría pudrirse en el fondo de los calabozos más húmedos de San Pedro y San Pablo, bajo el Neva. Entre los dos gendarmes que le sostenían, y que a veces participaban de rechazo de algunos golpes no destinados a ellos, Tou-

man no profería una queja. Fuera de las invectivas de Kuprian, no se oía más que los silbidos del látigo y los gritos de Rouletabille, el cual seguía gimiendo que "aquello era abominable", y trataba de salvaje al jefe de policía. Por fin el salvaje se detuvo. Algunas gotas de sangre habían salpicado por todas partes.

—¡Caballero—dijo Rouletabille, que desfallecía junto a la pared,—me quejaré al Czar!

—Y tendréis razón—replicó Kuprian;—pero esto me ha consolado. No tendréis ninguna duda del mal que este hombre ha podido hacernos desde hace algunas semanas que está aquí.

Touman, cuya espalda habían cubierto con el paletó, y que se había sentado en una silla, tuvo fuerzas para levantarse y decir:

—Es verdad: nunca me harás tanto mal como yo te he hecho sin que lo notes. Todo el daño que tú y los tuyos son capaces de causarme, ya lo he sufrido. No me llamo Touman, sino Mataiev. ¡Óyeme! Yo tenía un hijo a quien amaba como a la luz de mis ojos. Ni mi hijo ni yo nos habíamos mezclado nunca en la política. Yo estaba empleado en Moscovia. Mi hijo era estudiante. Durante la semana roja salimos los dos para ver lo que pasaba por el lado de Presnia. Se decía que habían matado a mucha gente por allí. Pasamos por delante de la puerta de Presnia. Los soldados nos detuvieron para registrarnos. Nos desabrocharon los abrigos; vieron el chaleco de estudiante de mi hijo, y empezaron a gritar. Le desabotonaron el chaleco, le sacaron del bolsillo una cartera, y encontraron en ella una canción a los obreros que había sido publicada en el *Signal*. Los soldados no sabían leer: creyeron que aquel papel era una proclama, y arrestaron a mi hijo. Yo pedí ser arrestado también; pero me rechazaron. Corrí a casa del goberna-

dor, y Trebassof hizo que sus cosacos me arrojaran de su puerta a culatazos. Como insistiese, me tuvieron prisionero toda la noche y la mañana del día siguiente. A mediodía pude ir a preguntar por mi hijo, y me respondieron que no sabían lo que quería decir; pero un soldado a quien reconocí por ser uno de los que la víspera detuvieron a mi hijo, me mostró un carretón que pasaba, cubierto por un toldo y rodeado de cosacos. "Tu hijo va allí—me dijo:—le llevan a la fosa." Loco de desesperación, me puse a seguir al carro. Llegamos al cementerio de Golountrine. Allí se distinguía en la blanca nieve una fosa enorme y profunda. ¡No se apartará de mis ojos aquella horrible visión hasta el último minuto de mi vida! Cerca de la fosa había ya otros dos carretones, cada uno de los cuales contenía trece cadáveres. Los carretones fueron descargados en la fosa, y algunos soldados empezaron a disponer los cadáveres en filas de a seis. Yo buscaba a mi hijo: por fin le reconocí en uno de los cuerpos que estaban suspendidos al borde de la fosa. En su rostro descompuesto se pintaba un sufrimiento horrible. Me precipité sobre mi hijo muerto. Dije que era su padre, y me permitieron besarle por última vez y contar sus heridas. Tenía catorce. Le habían robado la cadenita de oro con que llevaba colgado al cuello el retrato de su madre, muerta el año anterior. Le hablé al oído, y juré vengarle. Cuarenta y ocho horas después me había puesto a las órdenes del Comité revolucionario. No hacía una semana que Touman, a quien, según parece, me asemejaba mucho, y que era agente de la *Okrana* de Kiew, había sido asesinado en el ferrocarril que conduce a San Petersburgo.

"Asesinato secreto. Recibí los papeles de Touman, y le reemplacé a tu lado. De antemano me había sacrificado, y no pedía más que una cosa: *que esto durase por lo menos hasta le ejecución de Trebassof*. ¡Ah; hubiera querido des-

pedazarle con mis propias manos! Pero ya había sido designado, y mi papel tenía que reducirse a ayudarle. ¿Y crees que voy a nombrar a ese otro? ¡Nunca! Si le descubres, como me has descubierto a mí, vendrá otro, y otro, y otro, hasta que Trebassof expie sus crímenes. Es todo lo que tengo que decirte, Kuprian. En cuanto a vos, joven—añadió, volviéndose a Rouletabille,—no daría gran cosa por vuestra vida. No os halláis en situación mucho mejor que yo, y eso es lo que me consuela.

Kuprian no interrumpió a aquel hombre; le miraba en silencio tristemente.

—Ya sabes, pobre viejo—le dijo,—que ahora serás ahorcado.

—¡No!—gritó Rouletabille.—¡Señor Kuprian, os juro que este hombre no morirá!

—¿Y por qué?—preguntó el jefe de policía, a la vez que, obedeciendo a un signo suyo, los gendarmes se llevaban al falso Touman.

—¡Porque soy yo quien le ha denunciado!

—¡Vaya una razón! ¿Y qué es lo que queréis que hagamos con él?

—¡Guardarle para mí; para mí solo! ¿Entendéis?

—¿A cambio de qué?

—A cambio de la vida del general Trebassof. ¡Ganáreis en ello!

—¡Ah! ¡La vida del general Trebassof! ¡Habláis de ella como si os perteneciera, como si dispusierais de ella!

Rouletabille puso las manos en un brazo de Kuprian.

—¡Tal vez!—dijo.

—¿Queréis que os diga una cosa, señor Rouletabille? Después de lo que ha dicho ese Touman, que no es Touman, me parece que la vida del general Trebassof no está más segura que la vuestra si permanecéis aquí. Ya

que estáis resuelto a no intervenir en cosa alguna, tomad el tren, caballero; tomad el tren, y alejaos.

Rouletabille se paseó muy agitado a lo largo de la habitación; de repente se paró y dijo:

—¡Imposible! ¡Imposible! ¡No puedo partir todavía!

—¿Por qué?

—¡Dios mío, señor Kuprian! ¡Porque aún tengo que conferenciar con el presidente de la Duma, y concluir mi información sobre la política de los cadetes!

—¡Ah! ¡Ya!

Kuprian le miraba con burlona sonrisa.

—¿Qué vais a hacer con ese hombre?—preguntó Rouletabille.

—Se le pondrá en cura.

—¿Y después?

—Después pertenecerá a sus jueces.

—¿Es decir, a la horca?

—Probablemente.

—Señor Kuprian, os lo repito: vida por vida. Concededme la de ese pobre diablo, y os prometo la del general Trebassof.

—Pero explicadme...

—¡Absolutamente nada! Prometedme que guardaréis silencio sobre la traición de ese hombre, lo que además puede seros útil, y que no le tocarán a un pelo de la cabeza.

Kuprian miró a Rouletabille como ya le había mirado cuando la explicación que tuvo con él a orillas del golfo; y, como entonces, también se decidió.

—Está bien—dijo.—Os doy mi palabra. ¡Pobre diablo!

—¡Sois un hombre excelente, señor Kuprian, aunque un poco vivo con el látigo en la mano!

—¡Qué queréis! El oficio lo requiere.

—¡Adiós! No me acompañéis; ya estoy bastante comprometido—dijo Rouletabille riendo. —¡Hasta pronto, y buena suerte! ¡Procurad encontrar en su casa al presidente de la Duma!—añadió jocosamente Kuprian, lanzando una carcajada. Pero Rouletabille ya había desaparecido. —¡Ese muchacho— dijo en voz alta el jefe de la policía—no me ha dicho ni la mitad de lo que sabe!

**A** HORA nosotros dos, Natacha!—murmuró Rouletabille una vez que estuvo fuera. Llamó al primer *is-votchk* que pasaba, y le dió la dirección de la quinta de las Islas. En el camino se oprimía la cabeza con las manos. Su frente ardía, sus mejillas echaban fuego. Gracias a un esfuerzo prodigioso de su voluntad, casi instantáneamente logró calmarse y dominarse. Volviendo a cruzar el Neva por el puente que con tanto gozo había franqueado algunos momentos antes, al divisar de nuevo las Islas lanzó un suspiro y exclamó:

—¡Creí que todo había concluído para mí hace un momento, y *ahora no sé adónde iré a parar!*

Un instante turbó su mirada un pensamiento sombrío: la imagen de la *dama negra* se erguía delante de él... Sacudió la cabeza, llenó la pipa, la encendió, enjugó una lágrima que sin duda provocó una ráfaga de humo que le había entrado en los ojos, y cesó de apiadarse de sí mismo. Un cuarto de hora después, al uso boyardo, daba un buen puñetazo en la espalda del cochero para indicarle que se detuviera delante de la quinta de Trebassof. Un cuadro seductor se ofrecía a sus ojos. Toda la compañía almorzaba alegremente en el jardín, alrededor de la mesa del kiosco. Pero le sorprendió no ver a Natacha. Boris Mourazoff y Miguel Korsakof estaban presentes. Rouletabille no que-